

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16 »
Por seis id.	32 »
Por un año.	60 »

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Administracion ó por comisionado.	24 reales
Por seis id.	42 »
Un año.	80 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.



GIL BLAS.

Desde esta semana volvemos á dar parte á la Administracion central de Correos, de las reclamaciones de nuestros suscritores de provincia.

Continuaremos hasta conseguir que le limpien el comedero á algun empleado aficionado á lo ageno.

FOTOGRAFIA CÓMICA DE LAS CÓRTES.

Proyectiles.

¿No decian Vds. qué faltaba la gorda? Pues ya pareció la gorda.

Esta gorda es la que nos va á dejar flacos.

¡Qué semana, Sr. Tetuan, qué semana!

¡Sobre que me parece mentira!

Acababan de dar las dos, y en seguida dieron lo que Vds. saben.

Sube á la tribuna el de Tetuan, que se ha empeñado en echar su peso en la balanza que va á decidir de los destinos (y sueldos) de los españoles.

¡Y que no estaba majo, que digamos, con su uniforme de colores, su banda id., y su bigote id!

—¿Qué va á leer ese hombre?

—Nada, alguna carta de Londres, en que mister Piorco anuncia que le hace gracia el Banco.

—¡Silencio, que va á leer el señor!

Ya conoceis el proyecto, digo el proyectil, disparado á boca de jarro contra la nacion española.

¿No es verdad que tiene tres bemoles?

Yo no recuerdo su estilo, pero á mí me sonó de la siguiente manera:

El duque (leyendo).—Aquí estoy yo, y mano á la bolsa, que voy de prisa. ¿Creiais que Prusia, Austria é Italia se preparaban en balde para hacer la guerra? Allá habrá heridos, pero los muertos los sereis vosotros.

¿Os figurábais que no teniamos que ver nada con la guerra europea? Pues bonito genio tengo yo para no echar mi peso en la balanza. Que me siga todo el que tenga una peseta, y al freir será el reir.

Queridos diputados: yo tengo la confianza de la corona, la confianza del Congreso, la confianza del Senado, la confianza del ejército, la confianza del país y la confianza del Sr. Escosura. A ver quien ha tenido más confianza en el orbe católico. En una palabra, yo tengo toda la confianza que hay en España, así es que todo hecho viviente está desconfiado.

Al pedirnos un voto de confianza, os pido lo que es mio. ¿Digo algo? En este supuesto, entremos en harina.

Ya veis como está el mapa.

Ya veis como está la carne de cerdo.

Es preciso un empuje y fuerte, para salir del atolladero.

¡Mandemos!—Esto quiere decir algo.

¡Comamos!—Esto quiere decir más.

Los ingleses nos han dado mico. Mi compañero Alonso es tan cándido como todo eso; no en balde es el jefe de los *angélicos*. Precisamente yo le escogí por su entereza y por que no sabia nada de Hacienda.

Hé aquí en lo que me apoyaba:—yo no entiendo de leyes, y me pinto sólo para gobernar; pues venga otro que no sepa de Hacienda, y entre él y yo, y un costal de paja en medio, haremos la dicha de la patria.

Las circunstancias porque atravesamos son amargas, y yo, que me atrevo con todo, os traigo el siguiente proyecto, que derrama azúcar por todos sus párrafos.

Suplico á la concurrencia que no se desmaye hasta el fin.

ARTÍCULO 1.º

Empezaremos por cobrar las contribuciones, y el año que viene ajustaremos cuentas. Me parece que no me quedo corto.

La Constitucion (Aparte).—¡Pero eso es darme una puñalada en mitad de la barriga!

ARTÍCULO 2.º

Rebaja de sueldo á todo el que cobre del Estado, exceptuando á la gente que pincha.

La igualdad.—Pero señor, ¿por qué se rebaja el sueldo sólo á los paisanos?

La conveniencia.—Porque no pinchan.

ARTÍCULO 3.º

Autorizacion para quitar el pan á quien nos dé la gana.

El Sr. Moyano.—Hombre, pues si yo he pedido economías y Vds. no las han aprobado.

El duque.—Pues ahí verá Vd. O somos ó no somos.

ARTÍCULO 4.º

Arreglo de los cupones hasta pagar un 25 por 100 en efectivo.

La mano del Sr. Bermudez de Castro.—Mi amo ofreció cortarme ántes que firmar este arreglo, y mi amo es ministro. Aquí sobra uno, y soy yo.

La conciencia del Sr. Alonso.—Hace ocho dias dije en este mismo sitio que esta era cuestion de honra nacional, mientras los ingleses no levantasen el en-

tredicho de las Bolsas extranjeras. Aun no lo han levantado. Creo que estoy en berlina... ¡Oh, qué vergüenza! Escondámonos.

ARTÍCULO 5.º

Para elevar la suma que todos los años se destine á la amortizacion de la deuda pasiva.

ARTÍCULO 6.º

Para inundar de papel el mercado hasta hacer efectivo 1.200 millones.

El Sr. Castro.—¡Cogite! El año pasado me volvisteis tarumba por la negociacion de treses.

—Entonces no éramos ministros, conque adelante con los faroles.

ARTÍCULO 7.º

Aumento en las fuerzas del ejército.

La economia.—¡Ay de mí! ¡Socorro, que me descalabran!

El país.—Paguemos.

★

★

Aquí tienen Vds. los proyectiles conque nos obsequió el Sr. de Tetuan.

Amado pueblo, ya sabes como las gasta el jefe del gobierno; autorízale á plantear esos dorados sueños, y reventarás de gusto.

Luis Rivera.

¡BUENA VA LA DANZA!

Italia contra Austria, Austria contra Prusia, Prusia contra Sajonia, Sajonia contra Leipzig; Rusia peleando en Buckara, Inglaterra persiguiendo fenianos; conspiracion en Irlanda, conspiracion en Méjico; un pistoletazo al Czar, cuatro á Bismark.... Vamos, que cuando Jesus dijo: «Amaos unos á otros» pidió gollierias.

Se preparan armamentos, se suspenden los armamentos, se descubre que la suspension es sólo aparente, se reconoce que ni hay posibilidad de desarmar, ni ventaja en armarse; se entra en explicaciones y dadas mil vueltas por los vericuetos de la diplomacia se resuelve....

¿Me sabrian Vds. decir qué se ha resuelto, si es que se halla resuelto algo, en la gratuita hipótesis de que quepa resolucion alguna en los negocios hoy dia pendientes?

Estamos viendo á Prusia, capaceté en mano, alargar

la idem á Sajonia en señal de cordialísima reconciliación, y de repente la vemos fruncir el ceño y amenazarla con hacer efectivas las conminaciones anteriores.

Sajonia, como doncella tímida, clama al cielo pidiendo cierto artículo 11 de cierto pacto federal.

¡El artículo 11! Prusia suelta la carcajada.

Ya te daré yo artículos 11, dice. El oncenio es no es torbar; conque callemos. Mis armamentos son puramente defensivos. El artículo 11 no trata de esos armamentos; no nombrándolos esplicita y determinadamente, claro es que no se refiere á ellos. Y aquí del Austria:

Caballeros, yo hice una declaración en prosa lisa y llana sobre el artículo 14; justo es, pues, que sobre el 11 lo haga á su vez Prusia, y por si no lo hace, prosigo mis armamentos.

Leipzig, que perdiendo poco lo pierde todo, se encuentra como el niño puesto entre dos grandullones que se van á dar una paliza; esto es: se ve expuesto á caer á la primera embestida de los contrincantes; no quiere que haya riña y por sí ó por no se pone de parte del más robusto,—de Prusia.

Entretanto, el Tirol se puebla de austriacos.

En Pádua los patriotas ponen carteles subversivos en las esquinas.

Los pasquines, dice Austria, no son doctrinas; eso que haceis no es discutir.

¿Vosotros poneis docenas de carteles? Pues yo pongo 30,000 hombres en el Tirol y fortifico á Lido.

¿Vosotros haceis correr injurias contra mí?

Pues yo hago correr 15,000 hombres al campo de Pola.

Vosotros os decís unos á otros que os fortaleceis el ánimo contra eso que llamais dominación extranjera y que es resultado de las más bellas combinaciones de los reyes, imágenes de Dios en la tierra? ¿Elevais voces al cielo?

Pues yo elevo á 14,000 hombres la guarnición de Trieste.

Hola, dice Prusia: ¿más soldaditos tenemos? A ver, no se me dé de baja á ningún asistente; á las filas todo el mundo; nada de licencias, mucho ejercicio de fuego, y arma al brazo todo bicho en los momentos de descanso.

Pero, ¿y la diplomacia? ¿Qué hacen los diplomáticos? ¿No tienen ya puesta la corbata desde hace seis años? ¿No tienen ya todos un par de guantes blancos puestos y otro par en el bolsillo? ¿No han hecho su digestión y tomado el rapé?

La diplomacia nos mira con sonrisa de lástima y nos contesta:

—¡Ignorante! ¿Cree Vd. que dormimos?

—¡Hola, nos trata de Vd.! Ya habla oficialmente. Veamos.

—Sepa Vd. que vamos á tratar de proponer que se calcule si sería conveniente celebrar un Congreso de soberanos, para que sin menoscabo de los tratados anteriores, se hagan nuevos tratados que modifiquen sus condiciones esenciales.

—¡Aaaaaah!

—¿Pues qué creía Vd.?...

Ahora recuerdo que no he hablado de España, siendo así que España existe y es potencia de primer orden.

—¿Qué hace España?

España, viéndose acosada por las deudas, se pide dinero á sí misma; se autoriza para cobrarse las contribuciones; se prepara por si tiene que aumentar su ejército, único medio de dar ocupación á los brazos sobrantes en el ramo de generales; se aumenta el interés del dinero en la Caja de Depósitos; sostiene sus derechos eventuales á las coronas metafóricas de Chipre y Jerusalén; se despedaza á sí misma, y... promete permanecer neutral en todas partes, exceptuando la ciudad de San Pedro, el del dinero.

—¡Ah! Se me olvidaba.

Viendo que en momentos de próxima guerra no es permitido publicar noticia que pueda revelar al ene-

migo los planes de la nación, el gobierno español, en guerra con la sociedad española, aplica una ley de imprenta según la cual pueda ser condenado hasta el dar á conocer á qué horas entra y sale del café, de su casa ó de Palacio, un ministro de la corona.

Y no hay más, y la ley se cumplirá, porque, eso sí, el gobierno podrá no entenderlas; pero en cuanto á hacerlas cumplir... duerma Vd. tranquilo.

Roberto Robert.

SUMA Y SIGUE.

No ya á cencerros tapados,
sino á la voz evocados
de quien el poder barrunta,
tuvieron los moderados
el miércoles una junta.

Tres horas, cerca de tres,
duró el alegre entremés
de la alegre concurrencia,
que acudió á hollar con sus piés
las esteras de Valencia.

Allí estuvo Catalina
cual de costumbre, divina;
allí Belda, el andaluz,
y Moyano, el que imagina
tener cara, y tiene cruz.

Allí el conde de San Luis
y Orovio, el chisgaravís,
y Calonge y Arrazola....
y lo mejor del país
empezando por la cola.

En tres grupos divididos,
por don Ramon presididos,
y por su ciencia ayudados,
hablaron cual descosidos,
y á veces, cual desgarrados.

Hubo una fracción de ardientes,
otra fracción de expectantes,
otra de hombres eminentes;
total: quince pretendientes
y veinticinco cesantes.

Unos ansiaban luchar,
otros sufrir y esperar,
estos, el campo ceder,
aquellos, no obedecer,
y todos, en fin, mandar.

Compararon al gobierno
con la peste y el infierno,
y al tratar de la nación,
era su acento tan tierno
que ablandaba el corazón.

«¡Vedla! dijo un adalid;
la noble tierra del Cid
hoy sufre mortal desmayo;
nadía dirá que es Madrid
el pueblo del Dos de Mayo.

Manto de pena le cubre,
viento respira insalubre,
exhausto está su peculio,
y ni se acuerda de Julio,
ni de Marzo, ni de Octubre.

Presencia de amarguras mil
sólo en la Guardia civil
tiene su esperanza entera;
en fin ¿qué más? ni siquiera
se acuerda del 40 de Abril.»

Aquí el duque estornudó,
el ojo izquierdo guiñó,
y poniéndose de pié,
dijo:—Amigos, chachipé,
que aun no ha muerto este puró.

Mucho sonsi, y á husmear;
pille cada cual su estache
y listo á jañipear.
¿No es don Leopoldo, Esquilache?
pues yo le voy á esquilar.

M. del Palacio.

EL PAPA-BOLSAS DE BÚRGOS.

DRAMA HISTÓRICO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

D. Alonso, paseándose á lo largo de un comedor.

¡Oh! Sí. Es preciso, es indispensable. Los cielos lo quieren, y yo no tengo un cuarto. ¡Todo por ella! Haré una que sea sonada. Mi destino es este, y no hay nada que un hombre no pueda hacer por una mujer calenturienta. ¡Hola! (*Aparece una especie de criado.*)

D. Alonso.—¡Mi coche á las doce en punto!

El criado.—¡Ahí espera una señora.

D. Alonso.—(¡Cielos!)

El criado.—Dice que quiere hablar con vuecelencia.

D. Alonso.—(¡Cielos!!)

El criado.—Y además dice que vuecelencia es un monstruo.

D. Alonso.—(¡¡¡Cielos!!!)

El criado.—¿Qué le digo?

D. Alonso.—¡Que pase. (¡Dádme valor, Dios mio!)

ESCENA II.

D. Alonso.—La Hacienda.

La Hacienda.—(*Le mira, se santigua, y exclama como si le hubiera mordido un perro.*) ¡Oh!!... (*Esta exclamación depende de la actriz.*)

D. Alonso.—(*Rascándose un granito que tiene en la frente.*) ¡Ah!!! (*Depende del actor.*)

La Hacienda.—¡Con que eres tú! ¿Conque no me engaño? ¡Al fin te encuentro, pérfido!

D. Alonso.—Siéntate, si encuentras dónde.

La Hacienda.—(¡Y es tan bello!)

Don Alonso.—Vamos, no te alteres. Coge una silla y siéntate en el suelo.

La Hacienda.—Sea. Prepárate á escucharme.

Don Alonso.—Los cielos me protejan. (*Pausa.*)

La Hacienda.—Una noche, hará como veintidos años, los porteros del palacio de Narvaez encontraron en el portal una niña recién-nacida, envuelta en ricos pañales. Dieron cuenta á su señor del extraño hallazgo de la infeliz abandonada, y el señor la recogió y la crió á sus pechos. Aquella niña... era yo.

Don Alonso.—¡Habla bajo, más bajo!

La Hacienda.—Hija debía yo ser de algún crimen muy gordo, y debía pagar sin duda culpas ajenas. Durante once años que permanecí al lado de D. Ramon y de los suyos, fui víctima de las más atroces torturas. No quiero que me compadezcas; quiero solamente referirte lo sucedido. ¡Ay de mí! mientras duró aquel suplicio jamás tuve un cuarto de hora medio decente.

Un día, el estruendo de la revolución sonó en las calles; hacia algún tiempo que yo vivía en compañía del conde de San Luis, un señor feudal, á quien Narvaez me había recomendado, y que por cierto no se descuidó conmigo. Aproveché un momento feliz, y huí para siempre del lado de aquella familia.

La revolución triunfó, y un progresista me recogió en su seno.

Mejores días fueron aquellos, pero ¡ay!

Don Alonso.—¿Te duele algo?

La Hacienda.—El bolsillo.

Don Alonso.—Continúa.

La Hacienda.—De los brazos del progresista pasé á los de tu confidente D. Leopoldo. ¡Ay misera! Nunca pude adivinar que tu me harías ya desde entonces la rueda.

Don Alonso.—¡Calla! ¡Calla!

La Hacienda.—Nadie nos oye, déjame que recuerde aquellos felices días. ¿Te acuerdas de la noche en que representabas *El Arte de hacer fortuna*? ¡Qué hermoso eras! Ahora estás un poco más feo, pero siempre conservas algo. El público te aplaudía frenéticamente; tú decías los versos como quien no dice nada, y al verte tan admirado, tan célebre, cedí á mis pasiones, y te miré fijamente.

Don Alonso.—(¡Qué suplicio!)

La Hacienda.—Bien pronto comprendiste que dentro de mi pecho se albergaba una pasión de dos mil demonios. Me buscaste, y me encontraste pronto. ¡Huyamos! me dijiste; huyamos á Madrid, y que el mundo nos contemple. ¿Quieres venir conmigo? ¿Qué te pide el cuerpo?

Y yo, cediendo á tus mentidas palabras, me dejé seducir, y nos vinimos.

Don Alonso.—(¡Estoy sudando tinta!)



— ¡Juntos los dos! Esto es hecho. ¡Levantemos la cabeza!

La Hacienda.—Lo que has hecho despues, tú ya lo sabes. Mirame bien; estoy en los huesos, da lástima verme. ¿Por qué me tratas así? ¿Tengo yo la culpa de ser estéril.

Don Alonso.—Pero...

La Hacienda.—¡Ay de tí, desdichado! ¿Ignoras que hay una Providencia? Elije, elije pronto. O me salvas del compromiso en que me has puesto, ó canto de plano.

Don Alonso.—¡Calla, paloma!

La Hacienda.—Sí, estoy resuelta; voy á contarlo todo.

D. Alonso.—¡Mira que me desmayo!

La Hacienda.—Ya no sirve eso. Si mañana mismo no me vuelves la tranquilidad perdida, voy á contar á todo el mundo que desear el pago de los cupones.....

Don Alonso.—¡Por Dios!

La Hacienda.—Que quieres servir á Mister Kennard y á Mister Piorco, porque pensais edificar juntos un teatro.

Don Alonso.—¡Basta!

La Hacienda.—¡Que le haces el amor á Posada!

Don Alonso.—¡Esto es demasiado! ¡Hola! (Aparece el criado.) ¡Lleváos de aquí á esta mujer!

La Hacienda.—¡Maldito seas! ¡Adios!

ACTO SEGUNDO.

Don Alonso.

¡No! ¡mil veces no! ¡Puedo más que tú, miserable, infelizavecilla! ¿Piensas acabar conmigo? ¡Pues tu

vida está en mis manos! Haz cuenta que esta noche cenas con la revolucion, digo... con Cristo. (Se sienta á la mesa y escribe siete proyectos.)

Congreso español.—Barullo, desórden, jaleo.

Don Alonso.—(A D. Leopoldo.) Lea Vd. esto á esos desdichados.

Don Leopoldo.—(Subiendo á la tribuna.) ¡Se reconocen los cupones! ¡Se funda un Banco Nacional! ¡Emision de titulos! ¡Recaudacion prematura de las contribuciones! ¡Ataque por hambre á los empleados públicos! ¡Aumento de las fuerzas del ejército! ¡Economías á gusto del consumidor! ¡Cataplun! ¡Todo el mundo á tierra!

Coro general.—¡Sangüe, sangüe!

Don Leopoldo.—(A D. Alonso.) ¡Dáme un beso, precioso! ¡Vales más dinero que todos mis resellados!

EPÍLOGO.

En casa de Alonso.—El criado entra.

El criado.—Gran señor, estás vengado. La Hacienda ha muerto.

Don Alonso.—¡Se ha cumplido mi mision! Ahora ¡que me juzgue la posteridad!

Eusebio Blasco.

ENTIERRO.

O'Donnell y compañía,
buscando seguro puerto,
van diciendo noche y día:
—¿A quién le echamos el muerto?

Un empleado.—¡Señor,
yo tengo hijos y mujer!
Un jubilado.—¡Qué horror!
Una viuda.—¡Sin comer!

Un militar.—¡Juro á Dios!
Un cura.—¡Venga el sustento!
O'Donnell.—Para estos dos
que chillan no habrá descuento.

Y O'Donnell y compañía,
buscando seguro puerto,
van diciendo noche y día:
—Echemos al pobre el muerto.

Luis Rivera.

CABOS SUELTOS.

Una de las economías introducidas últimamente en palacio, ha sido suprimir el cuarto del rey.

Nuestros descendientes podrán decir con razon al recordar estas cosas:

¡Cómo Madrid estaria
de dinero el año aquel,
que el rey un cuarto tenia
y le dejaron sin él!

★
★

En la Bolsa de Londres corrió días atrás el rumor de que el Sr. Alonso Martínez había muerto.

Afortunadamente no es así; Dios no ha cortado todavía el cupon de esta venturosa existencia, ni le ha reconocido en el Banco de su gloria el lugar á que le hacen acreedor sus estudios económicos y su certificados de buena conducta.

*
**

De un día á otro deben llegar á Madrid, Salamanca y el duque de Osuna.

¡Pobrecillos! ¿Y á qué vienen, sabiendo lo escaso que anda el dinero por aquí?

—

A propósito de [pobrecillos: el que ha llegado recientemente á Madrid, es el Sr. D. Antonio Gonzalez, presidente del Consejo de Estado.

**

Un coronel llamado Salomon, ha sido preso en Bucharest por conspirar contra el gobierno.

Leopoldo en la oposicion
sabe más que Salomon.

**

Dícese que ha desaparecido de Palma de Mallorca el pagador de Obras públicas. Por supuesto que no se ha marchado sólo, sino en compañía de unos 25.000 duros.

Aquí tienen ustedes un empleado que á estas horas se rie del descuento gradual.

*
**

La Correspondencia se las promete muy felices para España, así que nuestra escuadra se apodere de las Islas Chinchas.

Es decir, que aquí ya no hay otra esperanza que el guano. Pues eso y más son capaces de comerse los vicalvaristas.

*
**

Golpe de Estado feroz
llama la prensa á una voz
al del gobierno ¡qué diablo!
En todas partes la cox
se llama golpe de estado.

**

Se agita estos días en la Bolsa la idea de hacer al señor Alonso Martínez un obsequio que no ha sido designado todavía.

Hay quien ha propuesto regalarle una caja de té... has lucido.

Otros pretenden que el regalo sea un tenedor... de cupones ingleses.

Otros, un gato... encerrado.

No falta quien opina por un coche... fúnebre.

Y hasta hay alguno que sostiene, que el obsequio debe ser un tronco... de alcornoque.

GIL BLAS, por su parte, cree que lo que más agradecería, sería una alhaja, y en este caso lo mejor es regalarle á Posada Herrera.

*
**

Si yo grito—¡viva Italia!
y el gobierno—¡viva Roma!
sólo falta averiguar
quién se llevará la soba.

**

Ahora salen los ministeriales diciendo en elogio de los proyectiles de autorizaciones presentados esta semana, que el gobierno no piensa hacer uso de ellos.

—Maestro, hágame Vd. un par de botas, y dése Vd. prisa, porque no pienso ponérmelas.

**

Al llevarse al Senado la sentencia, condenando al general Prim, ha dicho aquel respetable sujeto:

—Quedo enterado.

Y yo tambien.

*
**

Hasta los periódicos ministeriales atacan ya el proyecto del Banco inglés.

Al árbol que está caído...

Lo siento por Mister Piorco.

**

Todos los periódicos grandes han publicado el discurso de Mr. Thiers.

La idea que en él domina, á través de la fraseología liberal, es la de defender los tratados de 1815: este es el derecho europeo, según el liberal Thiers.

Entre Austria y Venecia, ¿de parte de quién está el derecho?

De Austria, dice Thiers.

Con su pan se lo coma.

—

Lo contrario de Mr. Thiers sostiene Napoleon en el discurso de Auxerre, al afirmar que es preciso acabar con los tratados de 1815.

Y hé aquí á GIL BLAS, acaso por la primera vez de su vida, dando la razón al poder contra la oposicion.

—

Todo el mundo se pregunta quién provocará la guerra, si Austria ó Italia.

El Diario de los Debates contesta:

«Bajo el punto de vista de la moral, que será también el de la historia, el verdadero provocador es el que retiene injusta y violentamente los bienes de otro. La sola presencia de Austria en Italia es una agresion permanente.»

—

Se forman en Italia veinte batallones de voluntarios al mando de Garibaldi.

Esta noticia parece grave; no lo es si se compara con esta otra:

El duque de Toscana ha llamado á las armas 49 hombres que tenia de reserva, y se pone de parte de Austria, como es natural.

¡Yo tiemblo!

*
**

Se hacen economías en Palacio.

Donde hacen falta las economías es en el presupuesto de la nacion.

**

Lamármora va á la guerra
y deja de ser ministro;
—cuando fué á la guerra de Africa,
O'Donnell hizo lo mismo.

**

La Regeneracion [dice con mucha gracia hablando de la proximidad de la guerra entre Italia y Austria, que «aunque el jaleo tal vez no será largo, será bueno, y más ó menos, todos vamos á entrar en baile.»

¡Hombre, me alegro, sólo por ver bailar al cardenal Antonelli!

*
**

¡Noticia! ¡Gran noticia!

En España reina el orden.

Esto quiere decir que no hay un cuarto, ni de donde nos venga.

¿No es cierto, mamá?

*
**

Ya se queja La Patria de la censura de la Habana.

Cuando le apliquen la ley de Posada Herrera, se dará con un guijarro en el pecho.

*
**

Poquita gracia que me ha hecho á mí la pastoral del obispo de Cádiz, prohibiendo la lectura de El Demócrata Andaluz.

Hé ahí un periódico que empieza con suerte.

La pastoral tiene unos cuarenta párrafos, y el borrego de Cristo que se los tire á pecho de un golpe, se queda harto de prosa hasta la Semana Santa!

¡Qué párrafos, santo Dios! ¡Y cómo pone la pluma su eminencia ilustrísima!

Me rio yo del P. Sanchez, que ha empleado ya más prosa en combatir Los Apóstoles que Renan en escribirlos, y esto sin entrar todavía en materia.

En una cosa no estoy de acuerdo con el obispo de Cádiz.

Dice que condena las doctrinas de El Demócrata Andaluz á nombre de la Iglesia y con la autoridad de Jesucristo, cuya veces hace, aunque sin mérito alguno.

Yo estoy acostumbrado á dar fé á las palabras de los obispos, pero no se la doy á eso de sin mérito alguno.

Porque si él hiciera las veces de Jesucristo sin mérito alguno, ¿qué mérito tendría?

Pero hé aquí mi gran confusion:

Si en esto no he de creer al pie de la letra lo que dice el obispo, ¿le he de creer en lo demás?

¡Qué lástima no sea ya demagogo D. Tristan Medina! Él me sacaría del apuro.

**

El lotero de Cambadas se fugó con ocho mil duros. Pues señor, bueno.—¿Quién vive?

—El robo de la semana.

*
**

También se ha eximido al clero del descuento á los empleados.

Pues si el descuento no ha de alcanzar, ni á los que pinchan ni á los que entierran, las economías quedarán reducidas á los que trabajan; y estos son los menos.

El artículo del proyecto dice: «Descuento á todos los que cobran del Tesoro.»

¡Ah! El clero cobra del cielo... en moneda corriente.

**

Se ha atentado á la vida del emperador ruso.

Ha habido conato contra el rey de Prusia.

Y por último, se ha disparado un revolver contra Bismark.

¡Demonio!

**

Ya veo tus intenciones;
pero yo digo que nones
antes que escucharte á ti
decir:—¿Quién me tose á mí
con siete autorizaciones?

*
**

Nuestro querido amigo Eduardo Saco, se ha encargado de la crítica dramática de La Iberia.

Así nos lo anuncia en un bien escrito artículo, que hemos leído con gusto.

Dice Saco:

«Vengo con la franca y decidida intencion de ser imparcial en cuanto pueda prescindir de mis pasiones, que la imparcialidad como el vacío no reinan en absoluto, ni la una en el corazón del hombre, ni el otro en la naturaleza.»

Por este párrafo puede deducirse la franqueza y lealtad que animan la pluma de nuestro joven amigo.

**

Dice La Nacion que todos los hombres de bien deben pensar en la gravedad de las circunstancias.

Desgraciadamente quien más piensa en las circunstancias es el gobierno,—no los hombres de bien.

**

El Diario Español ha empezado á defender los proyectiles del gobierno, diciendo: *Ridiculus mus*, que es como decir: No hay mus, pero queda el ridículo.

**

En Madrid se hallan los grandes tenedores de cupones. Son cuatro, según nuestras noticias, y han hecho un negocio redondo.

Porque una cosa es la patria,
y el negocio es otra cosa.

¡Cuatro tenedores de tomo y lomo!

¡Son muy conocidos, mucho!

Sus nombres aparecen continuamente en las columnas de GIL BLAS.

De los cuatro se han hecho ya los retratos en la Galeria de Contemporáneos.

Sólo falta decir el número de cada uno...

Basta por hoy.

**

Hay quien se acuerda todavía de los once millones por que salió alcanzado en la recaudacion de contribuciones el Sr. Bertran de Lis.

Y digo que hay quien se acuerda, porque parece que los debe todavía.

Afortunadamente el Tesoro está que da gozo verlo.

No se moleste Vd., Sr. Bertran de Lis, pida una subvencion para un ferro-carril cualquiera, y haga Vd. que se lo descuenten de esa subvencion.

E tutti contenti.

**

Gilblasiana.



De Bermudez de Castro (don Manuel),
la mano diestra soy;
de un sólo tajo me cortó el cruel
y ya sin brazo estoy.

Esto ofreció, si acaso le obligaban
á arreglar los cupones;
¡y todos hoy en don Manuel alaban
las firmes convicciones!

Vedme sangrando; ¡sin piedad me hiere
la palabra de honor!
Yo tengo cinco dedos... ¿quién los quiere?
¡Se dan... por su valor!

EDITOR RESPONSABLE, D. LORENZO GUTIERREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 12.